

“Hacia una teoría del populismo”. Éstos fueron escritos por el autor entre 1970 y 1976, y tienen una estructura similar: parten de uno o varios conceptos teóricos y de ciertas polémicas que se han desarrollado en torno de los mismos; luego muestran cómo las confusiones han surgido porque no se ha respetado el nivel de abstracción del concepto en cuestión, al introducirse determinaciones teóricas que corresponden a niveles de análisis más concretos, o bien porque se ha negado la especificidad de una contradicción determinada y se la ha asimilado a otra en forma reduccionista; por último, contienen proposiciones innovadoras que buscan superar las dificultades teóricas que se abordan en cada caso.

De los cuatro ensayos ya referidos, aquí revisaremos el inciso intitulado “Interpelaciones de clase e interpelaciones popular-democráticas”, contenido en el tercero de ellos,³ así como el cuarto ensayo en su totalidad.⁴ Para tal efecto, procederemos de la siguiente manera: primero expondremos las principales tesis (críticas y propositivas) del autor; luego referiremos las objeciones que Nicos Mouzelis ha enderezado a los planteamientos de Laclau; finalmente, incluiremos nuestras propias reservas sobre las aportaciones del politólogo argentino, dentro del curso de una confrontación polémica que, consideramos, sigue abierta.

II

A pesar de los diversos cuestionamientos de los que ha sido objeto, escribe Laclau el concepto de populismo continúa siendo ampliamente utilizado en los análisis sociológicos y políticos. Es de suponer que esta tenaz supervivencia se deba al carácter vago e impreciso del término en cuestión, pero también que obedezca al hecho de que la noción de populismo remite a un fenómeno real, siendo su vaguedad e imprecisión un indicador de la dificultad que existe para definir “aquello” a lo que se alude. Este segundo punto de vista es el que asume el autor.

Así, la ausencia de una conceptualización rigurosa del populismo motiva a Laclau a examinar algunos de los principales abordajes del fenómeno para luego ofrecernos una propuesta teórica propia, centrada en el concepto de *interpelación popular-democrática*.⁶

³ “Interpelaciones de clase e interpelaciones popular-democráticas”, *ibid.*, pp. 112-126.

⁴ “Hacia una teoría del populismo”, *ibid.*, pp. 165-233.

⁵ Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI Editores, 1982, p. 129.

⁶ Ernesto Laclau, *op. cit.*, p. 166.

En esta lógica, el autor revisa cuatro enfoques básicos en la interpretación del populismo, tres de los cuales lo definen como un movimiento y como una ideología a la vez, y un cuarto que lo conceptualiza como un fenómeno exclusivamente ideológico.⁷

Laclau evalúa, en primer lugar, el enfoque según el cual el populismo sería la expresión típica de una determinada clase social (del *mujik* o de la *intelligentsia* de la antigua Rusia; del *farmer* norteamericano de finales del siglo xix; de la pequeña burguesía, la clase obrera, los grupos marginales; o bien, de la burguesía nacional latinoamericana de la primera mitad del siglo xx, por ejemplo), lo que le conferiría características esenciales tanto al movimiento del caso como a su ideología. De conformidad con el autor, tal enfoque resulta insostenible tanto por razones de índole histórica como por consideraciones de orden teórico. En lo que hace a lo primero, debido a que una de las características más notorias de los movimientos y de las ideologías populistas ha sido su amplia gama de bases sociales en las que, según el caso, se han apoyado. De ahí que, de concebir al populismo como la expresión de *una* clase o de un grupo social específico, implique dejar de lado todas las demás experiencias históricas similares: "...es evidente que la especificidad de éste [del populismo] debe buscarse *fuera* y no a partir de las bases sociales de dichos movimientos, que son totalmente disímiles."⁸

En efecto, la diversidad de las clases sociales o de sus fracciones, que han constituido a los más diversos fenómenos populistas, obliga —por el contrario— a buscar la unidad del concepto en rasgos que se encuentran fuera de la determinación clasista.

Pero tal enfoque es, asimismo, susceptible de una crítica específicamente teórica. En este plano, su principal defecto consiste en que disuelve, en lugar de explicar, al fenómeno populista. Ciertamente, por una parte, tiende a *reducirlo* a sus bases sociales (las cuales, como se ha visto, difieren enormemente en cada caso); por otra, o bien generaliza injustificadamente el ejemplo elegido como punto de referencia y califica de populistas a movimientos cuyos soportes sociales son diferentes —contradiendo así sus propias premisas—, o bien se limita a definir como tal únicamente al caso concreto del que se parte, dejando de este modo al margen los rasgos populistas que son comunes a movimientos e ideologías con bases clasistas y sociales diversas. En consecuencia, el objeto que precisamente se trataba de explicar acaba por desvanecerse en el curso del análisis.⁹

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*, p. 167.

⁹ Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *op. cit.*, pp. 1291-1292.

El segundo enfoque que analiza Laclau es el que él mismo denomina "nihilismo populista". Esta concepción parte de premisas similares a las del enfoque anterior y es criticada por el autor en términos afines. De acuerdo con ella, "populismo" es considerado como un concepto vacío de contenido, por lo que debe ser eliminado del vocabulario de las ciencias sociales y reemplazado por un análisis directo de los movimientos que hasta ahora han sido calificados con dicho término. Estudio que, según este enfoque, debe llevarse a cabo en función de la naturaleza de clase de tales movimientos. Luego de reconocer que el examen de los fundamentos de clase de todo movimiento constituye la clave para detectar su naturaleza, Laclau objeta que la supresión del vocablo no resuelve el problema del populismo, visto que no se trata simplemente de una categoría analítica, sino —también— de un dato de la experiencia: de ese "algo común" que se percibe como componente de movimientos sociales cuyas bases clasistas son totalmente divergentes. De ahí, concluye el autor, que este tipo de enfoque resulta insuficiente o insatisfactorio y que la voz "populismo", pese a su indefinición, sigue gozando de buena salud en las ciencias sociales.¹⁰

Un tercer enfoque es aquel que ha pretendido superar las dificultades ya referidas a través de la restricción del concepto de populismo a la caracterización de una ideología y no de un movimiento. Los rasgos típicos de esta ideología serían su carácter anti *statu quo*, la desconfianza en los políticos tradicionales, la apelación al pueblo y no a las clases, el antiintelectualismo y otros.¹¹

El complejo ideológico así formado, sería adoptado por movimientos sociales de bases distintas, de acuerdo con procesos históricos concretos acerca de los cuales es imposible formular cualquier generalización apriorística. Pero este tipo de análisis, si bien puede enriquecer, y de hecho ha enriquecido, el estudio de las formas que el populismo ha revestido, presenta las dos insuficiencias siguientes: 1. Los rasgos característicos de la ideología populista son presentados en forma puramente descriptiva y se ignora lo que constituye su peculiar unidad; 2. No se sabe el papel que el elemento estrictamente populista juega en una movilización social determinada.¹²

El cuarto enfoque que examina Laclau corresponde a las concepciones estructural-funcionalistas de Gino Germani y Torcuato S. Di Tella.¹³ Tras de aceptar que

¹⁰ Ernesto Laclau, *op. cit.*, pp. 168-169.

¹¹ *Ibid.*, p. 169.

¹² *Ibid.*, p. 170.

¹³ Las tesis de estos autores han sido amplia y detalladamente expuestas por nosotros en las páginas de esta revista. Véase: Juan Felipe Leal, "Gino Germani y Torcuato S. Di Tella: Dos enfoques estructural-funcionalistas

se trata, con mucho, de las interpretaciones más elaboradas y coherentes acerca del fenómeno populista, el autor considera que éstas son cuestionables por razones tanto históricas como teóricas.

Desde el punto de vista histórico, Germani y Di Tella conciben a los movimientos populistas como un fenómeno aberrante y anti-institucional que resulta de la asincronía en los procesos de transición de una sociedad tradicional a una sociedad industrial. Bajo esta óptica se estaría ante un fenómeno propio de las formaciones sociales subdesarrolladas, que emprendieron su industrialización en un contexto histórico diferente al que rigió cuando los países de Europa Occidental llevaron a cabo su propia transición. Laclau discute esta interpretación ofreciendo como argumento la ocurrencia de experiencias populistas en los países catalogados como desarrollados: piénsese en el *qualunquismo* y el *fascismo* en Italia; en el *poujadismo* en Francia; en el *nacional-socialismo* en Alemania. En suma, hacer del populismo un fenómeno concomitante con una etapa determinada de desenvolvimiento socioeconómico equivale a incurrir en un nuevo tipo de reduccionismo (en este caso "desarrollista"), tan cuestionable como el reduccionismo clasista antes criticado.¹⁴

En cuanto a sus objeciones teóricas, éstas apuntan al paradigma estructural-funcionalista que sirve de referencia a las tesis de Germani y de Di Tella. Laclau cuestiona desde la pertinencia de las categorías básicas de esa teoría ("sociedad tradicional"; "sociedad moderna" y sus derivados) hasta la concepción teleológica de los procesos de cambio social que, explícita o implícitamente, asume todo enfoque funcionalista.

La segunda crítica que esta concepción merece es que, dado que los conceptos de ambos tipos de sociedad no han sido construidos teóricamente, sino que son la resultante de la adición meramente descriptiva de sus rasgos característicos, no hay forma de entender la significación de un fenómeno más allá de señalar su progresividad relativa; esto es, su ubicación en el *continuum*, que conduce de la sociedad tradicional a la sociedad industrial. Esta progresividad es, a su vez, reducida a la proporción respectiva de elementos "tradicionales" y "modernos" que entran en la definición del fenómeno analizado.¹⁵

Se trata, de nueva cuenta, de una visión reduccionista; para esta concepción el populismo jamás es definido en sí mismo, sino en contraposición a un paradigma

del populismo en América Latina", en *Estudios Políticos*, tercera época, núm. 3, México, UNAM, FCPyS, julio-septiembre, 1990, pp. 49-64.

¹⁴ Ernesto Laclau, *op. cit.*, pp. 177-179.

¹⁵ *Ibid.*, p. 179.

ideal. No por ello deja de reconocer Laclau que la sensibilidad sociológica de Germani y de Di Tella les permite en ocasiones ir más allá de los límites del marco teórico en el que se inscriben sus análisis.¹⁶

III

Tales son, en síntesis, los puntos de partida críticos de Laclau. En cuanto a sus puntos de arranque propositivos, éstos pueden inferirse, al menos en parte, de los primeros. Si lo específico del populismo no puede ser capturado a nivel de la naturaleza de clase de un determinado movimiento social ni tampoco por referencia a cierta fase de desarrollo económico y social (en la que las clases no consiguen expresarse plenamente como tales), se concluye en consecuencia que dicha especificidad se sitúa para Laclau en otra dimensión analítica. Para él, el populismo no es, estrictamente hablando, ni un movimiento sociopolítico, ni un tipo particular de organización, ni tampoco un régimen estatal. Es, en cambio, un fenómeno de orden ideológico que puede estar presente en el interior de movimientos, organizaciones y regímenes de la más variada índole, con bases sociales y orientaciones políticas muy divergentes.¹⁷

Con objeto de explicar en qué consiste dicho fenómeno ideológico, Laclau recurre a algunos de los principales aportes de la concepción althusseriana de la ideología y, en especial, a la noción de *interpelación*. Para Althusser, la función primordial de toda ideología consiste en interpelar-constituir a los individuos en sujetos:

Los individuos, que son simples soportes de las estructuras, son transformados por la ideología en *sujetos*; es decir, viven la relación con sus condiciones reales de existencia, como si ellos constituyeran el *principio autónomo* de determinación de dicha relación.¹⁸

El mecanismo de esta inversión (en la que lo determinado aparece como lo determinante) es la *interpelación*:

...resulta claro que la unidad de los distintos aspectos de un sistema ideológico está dada por la *interpelación* específica que constituye el eje y principio organizador

¹⁶ Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *op. cit.*, p. 1292.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Ernesto Laclau, *op. cit.*, p. 113.

de toda ideología. ¿Quién es el sujeto interpelado? Ésta es la cuestión clave en el análisis de las ideologías.¹⁹

Así, el sujeto interpelado se presenta como el principio unificador de un discurso ideológico, de modo que los elementos aislados de un discurso carecen de significación en sí mismos.

Ahora bien, el análisis de la relación que la tradición marxista ha observado entre las ideologías y la lucha de clases lleva a Laclau a distinguir dos tipos de interpelaciones: las *interpelaciones de clase* y las *interpelaciones popular-democráticas*.

Dicha distinción la fundamenta y elabora el autor a partir de las categorías marxistas de *modo de producción y formación social*. Mientras que a la primera de ellas la concibe como “la relación de producción que constituye a sus polos como clases en una relación antagónica”,²⁰ a la segunda la encuentra determinada por “el conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación”²¹ inherentes a una articulación específica de diversos modos de producción.

Aunque los antagonismos sociales se expresan tanto en el nivel de abstracción propio de la noción de modo de producción cuanto en el plano más concreto del concepto de formación social, se trata —según Laclau— de contradicciones de diverso tipo que no pueden ser asimiladas o reducidas en una sola dimensión. Por ejemplo, tomemos —continúa el autor— el caso de una formación social en la que existe una articulación entre el modo de producción capitalista y el feudal y en el que una clase de terratenientes feudales constituye la clase hegemónica en el bloque de poder dominante. La explotación se ejerce no sólo sobre los siervos (a quienes la clase hegemónica expolia directamente a nivel del modo de producción), sino sobre el conjunto de los sectores dominados: pequeñoburgueses, obreros urbanos, tal vez algunas fracciones de la burguesía, etcétera. Aquí las clases están *en lucha*, pero ¿se puede hablar en rigor de *lucha de clases*?, se interroga Laclau.

...las clases aparecen ya constituidas y el enfrentamiento es relativamente externo a su naturaleza, lo que guarda poca relación con el concepto marxista de las clases, según el cual éstas se constituyen a través del acto mismo de la lucha.²²

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*, p. 117.

²¹ *Ibid.*, p. 118.

²² *Ibid.*, p. 120.

Luego entonces, ¿cuál es la relación entre estos dos tipos de antagonismo?, ¿cuál es la relación entre las ideologías en las que ambos tipos de antagonismo se manifiestan? A lo que el autor responde: 1. *Sólo es lucha de clases aquella que constituye a las clases como tales*; 2. *No toda contradicción es, en consecuencia, una contradicción de clase, pero toda contradicción está sobredeterminada por la lucha de clases.*²³

La distinción entre estos dos tipos de antagonismo social permite a Laclau diferenciar dos formas del discurso ideológico, dos tipos diversos de interpelaciones, a saber:

Si la primera contradicción —a nivel del modo de producción— se expresa al nivel ideológico en la interpelación de los agentes como *clase*, esta segunda contradicción se expresa a través de la interpelación de los agentes como *pueblo*. La primera contradicción constituye el campo de la *lucha de clases*; la segunda, el de la *lucha popular-democrática*.²⁴

El autor toma, sin embargo, la precaución de precisar lo siguiente:

Debemos poner en claro dos puntos para evitar todo malentendido. En primer término, no toda interpelación no clasista es una interpelación popular-democrática (de otro modo esta última sería una categoría puramente residual). Para que sea posible hablar de interpelación popular-democrática, el sujeto interpelado como pueblo debe serlo en términos de una relación antagonica frente al bloque de poder. En segundo término, por democracia no entendemos nada que tenga una relación necesaria con las instituciones parlamentarias liberales. (Las ideologías popular-democráticas en los países del Tercer Mundo se han expresado frecuentemente bajo formas nacionalistas y antiimperialistas que condujeron, una vez concluido el proceso de descolonización, a regimenes militares.) De este modo, entendemos por democracia *algo más* que medidas que simplemente establecen la libertad civil, la igualdad y el autogobierno para las masas populares.

[...] En el sentido que le hemos dado en este texto, por democracia debe entenderse un conjunto de símbolos, valores, etcétera —en suma, interpelaciones—, por las que el pueblo cobra conciencia de su identidad a través de su enfrentamiento con el bloque de poder. Estas interpelaciones aparecen necesariamente unidas a instituciones en las que la democracia se materializa, pero ambos aspectos son indisolubles. No puede concebirse una extensión de los derechos democráticos sin la producción paralela de los sujetos capaces de ejercerlos [...]²⁵

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*, pp. 120-121.

²⁵ *Ibid.*, p. 121.

En conclusión, de acuerdo con Laclau, la interpelación popular-democrática carece de un contenido de clase preciso. Además, el sujeto de tal interpelación específica guarda relaciones antagónicas con el bloque de poder. De donde, según esta concepción, el *pueblo* aparece como uno de los polos de la contradicción dominante en una formación social determinada. Empero, y de manera simultánea, la interpelación popular-democrática se encuentra articulada a discursos ideológicos de clase, lo que la constituye en el campo por excelencia de la lucha ideológica de clases: en el espacio del que intentan apropiarse las clases antagónicas para promover y realizar sus intereses. De conformidad con el autor, toda clase lucha a nivel ideológico *a la vez* como *clase* y como *pueblo*, tratando de integrar los discursos ideológicos de clase con las interpelaciones popular-democráticas; buscando presentar sus objetivos de clase como la consumación de los objetivos populares.²⁶

Un paso más en la propuesta de Laclau consiste en afirmar que las clases sociales no tienen, de manera *necesaria*, una existencia a los niveles ideológico y político; por tanto, lo que distingue a las ideologías de diversas clases sociales no es su *contenido*, sino su *forma*. Esto es así, explica el autor, porque la ideología de una clase social no sólo está determinada por la visión del mundo que se deriva de su particular inserción en el proceso productivo, sino también por las relaciones de ésta con las otras clases y por el nivel concreto de la lucha de clases.²⁷

Ahora bien, la forma de un discurso ideológico de clase le está dada a éste por su *principio articulador específico*. De ahí que las ideologías de diferentes clases sociales puedan contener elementos comunes que están, sin embargo, articulados de distinta manera en su interior. Para ilustrar lo anterior, Laclau toma el caso del nacionalismo. ¿Es una ideología feudal, burguesa o proletaria?, se pregunta, y responde:

Considerado *en sí mismo* [el nacionalismo], no tiene ninguna connotación clasista. Esta última sólo procede de su articulación específica a otros elementos ideológicos. Una clase feudal, por ejemplo, puede ligar el nacionalismo al mantenimiento de un sistema de corte jerárquico-autoritario de tipo tradicional (pensemos en la Alemania bismarckiana); una clase burguesa puede ligar el nacionalismo al desarrollo de un Estado nacional centralizado en lucha contra el particularismo feudal y, a la vez, apelar a la unidad nacional como medio de neutralizar los conflictos de clase (piénsese en el caso francés); finalmente, un movimiento

²⁶ *Ibid.*, p. 123.

²⁷ *Ibid.*, pp. 185-187.

²⁶ *Ibid.*, p. 123.
²⁷ *Ibid.*, pp. 185-187.

comunista puede denunciar la traición de las clases capitalistas a la causa nacional y articular en un discurso ideológico unitario nacionalismo y socialismo (piénsese, por ejemplo, en Mao).²⁸

Como se observa, el principio articulador específico requiere la presencia de contenidos (interpelaciones y contradicciones) no clasistas, que constituyen la materia prima sobre la que opera la práctica ideológica de clase. De los señalamientos anteriores se colige que es posible identificar la pertenencia de clase de un movimiento o una ideología y, a la par, reconocer el carácter no clasista de las interpelaciones que constituyen a esta última.

En este punto, el autor distingue dos tipos de discursos ideológicos: *a)* El de las clases dominantes, y *b)* El de las clases dominadas. El primero de ellos *tiende* a articular en su estructura interpelaciones no clasistas y a absorber contenidos del discurso político e ideológico de las clases dominadas con el propósito de transformar los antagonismos existentes en simples diferencias. En cambio, el segundo *tiende* a desarrollar los antagonismos propios de una formación social hasta sus últimas consecuencias.²⁹

A partir de la teorización precedente, Laclau explora las determinaciones histórico-estructurales del fenómeno populista. De acuerdo con él, el populismo irrumpe cuando, como consecuencia de una crisis social general, el discurso ideológico dominante sufre una desarticulación. Ello puede ocurrir como resultado de una fractura del bloque de poder, como consecuencia de la pérdida de capacidad o eficacia del mismo para neutralizar a las clases dominadas, o bien como fruto de ambas circunstancias.

Norberto Bobbio y Nicola Matteucci sintetizan y comentan la propuesta de Laclau de la siguiente manera:

...el hecho de que las interpelaciones popular-democráticas sean definidas, en las ideologías populistas, bajo la forma de un antagonismo respecto del bloque dominante, no significa que dichas ideologías sean forzosamente revolucionarias. Basta con que una clase o fracción de clase necesite, para convertirse en hegemónica, una transformación radical del bloque de poder para abrir la posibilidad del surgimiento y la consolidación de una experiencia populista. Pero la significación ideológico-política de tal experiencia admite una amplia gama de variantes, dependiendo éstas de la forma particular que asuma la articulación del elemento populista (común a todas) con el proyecto ideológico-político global en que dicho

²⁸ *Ibid.*, p. 186.

²⁹ *Ibid.*, pp. 188-190.

elemento se inscribe y, en última instancia, de la configuración específica de clases, grupos y fuerzas sociales portadoras de dicho proyecto.³⁰

Y agregan:

En esta medida, las formas, históricamente diferenciadas, de articulación entre proyectos clasistas y populismo suministrarían un criterio básico para una clasificación de las experiencias populistas. Así, pues, como en el caso de Di Tella, también los análisis de Laclau tienden a definir las bases para una tipología de los populismos. Tipología que incluiría desde el populismo fascista italiano y alemán hasta el populismo socialista de Mao y Fidel Castro, pasando por los populismos nacional-burgueses de Vargas y Perón en América del Sur.³¹

Con todo este aparato teórico emprende Laclau la revisión de las dos experiencias populistas latinoamericanas más atendidas por la literatura sobre el particular: el peronismo y el varguismo. Dejamos en manos del lector la apreciación de la riqueza y de los aportes, o bien de las limitaciones del autor en esta dimensión del análisis³² para proceder a la discusión y la crítica de los aspectos fundamentales de su teoría.

IV

En 1978 Nicos Mouzelis publicó en *New Left Review* un ensayo crítico del célebre libro de Ernesto Laclau.³³ En él su autor reconoce que la conceptualización de populismo del politólogo argentino constituye un innegable avance teórico con respecto a las diversas interpretaciones marxistas de los fenómenos ideológicos. Se trata, según Mouzelis, de un trabajo sistemático que permite superar los enfoques reduccionistas, de acuerdo con los cuales la ideología no sería sino una expresión objetiva de la posición específica de una clase social en un proceso productivo determinado. En efecto, al distinguir Laclau las interpelaciones de clase de las interpelaciones populares y al referirlas a tipos distintos de contradic-

³⁰ Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *op. cit.*, p. 1293.

³¹ *Ibid.*

³² Ernesto Laclau, *op. cit.*, pp. 206-228.

³³ Nicos Mouzelis, "Ideology and class politics: a critique of Ernesto Laclau", en *New Left Review*, núm 112, noviembre-diciembre, 1978, pp. 45 y ss. Aquí manejaremos su versión castellana intitulada "Una crítica del libro *Política e ideología en la teoría marxista*, de Ernesto Laclau", en *Críticas de la Economía Política*, México, Ediciones "El Caballito", núms. 20-21, julio-diciembre, 1981, pp. 149-176.

ciones estructurales, demuestra —por lo contrario— que no existe una correspondencia lineal y necesaria entre la posición que ocupa una clase social y su discurso ideológico. De ahí la posibilidad de que diversas ideologías compartan elementos comunes; de ahí, también, la necesidad de analizar las complejas articulaciones de las diferentes interpelaciones para poder relacionarlas con una clase social específica. En suma, sostiene Mouzelis, el trabajo de Laclau tiene el mérito de conceptualizar los discursos ideológicos como momentos dinámicos por naturaleza, así como de enlazarlos con el nivel concreto de la lucha de clases.

Pese a estos avances, continúa Mouzelis, la teorización de Laclau plantea también graves problemas. Uno de ellos se deriva de la insuficiente valoración que hace el autor de las organizaciones políticas y sociales; esto es, de los espacios en los que las ideologías se articulan y desarticulan. A juicio de Mouzelis, los procesos político-organizativos median entre las contradicciones estructurales y los discursos ideológicos, puesto que constituyen los agentes concretos que construyen y organizan los diversos elementos discursivos hasta conformar una ideología determinada. De ahí que la omisión de dichas instancias conduzca a Laclau a un estudio apenas descriptivo de las ideologías populistas, lo que a su vez le impide dar cuenta del papel que el populismo juega en una formación social específica. Como consecuencia de esta postura, el concepto de luchas de clases se torna meramente teórico y decorativo y el de populismo se convierte en vago y maleable, concluye Mouzelis.

En razón de esta deficiencia, la crítica que Laclau endereza al reduccionismo de clase de Nicos Poulantzas lo conduce, paradójicamente, a una suerte de reduccionismo ideológico, ya que lo lleva a presentar los diversos discursos ideológicos como si éstos fueran una materia prima indeterminada que puede ser articulada y desarticulada por las distintas clases sociales a su voluntad y antojo:

...Lo que esta posición tiende a olvidar es que cuando se conceptualiza a las clases no de manera abstracta, antropomórfica, sino en términos de su fragmentación interna, su organización política y sus complejas alianzas y vínculos con otros intereses organizados, entonces resulta obvio que hay límites estrictos para el tipo de contenido que pueden tener sus discursos ideológicos.

En otras palabras, siempre según Mouzelis, si bien no existe una correspondencia lineal entre las clases sociales y sus discursos ideológicos, tampoco hay una relación completamente arbitraria entre ambos. De suerte que algunos elementos

³⁴ *Ibid.*, p. 162.

discursivos pueden ser incompatibles con la estructura y organización de una clase, otros tienden a ocupar un lugar fijo dentro de su ideología, tanto por la organización interna de la clase en cuestión como por el contexto socio-político en el que ésta actúa, y otros más pueden ser compartidos con otras clases.³⁵

A los efectos de profundizar su crítica, Mouzelis afirma que los equívocos en la conceptualización de Laclau obedecen a que éste sólo se ocupa de la génesis histórica de las ideologías y deja de lado el examen de la forma en que esas ideologías se desarrollan subsecuentemente.³⁶ Esta postura, continúa Mouzelis, es la que permite a Laclau eludir el análisis concreto de las condiciones concretas en las que se estructuran y desarrollan distintas ideologías.³⁷

Sobre la base anterior, Mouzelis sostiene que vista la deficiente conceptualización que Laclau lleva a cabo del populismo, nada sorprende que su intento por identificar las condiciones básicas para su surgimiento tampoco resulte afortunado.³⁸ En realidad, señala Mouzelis, las precondiciones que Laclau establece para el surgimiento del populismo se derivan automáticamente de su definición del fenómeno. Veamos:

Si los desarrollos anteriores son correctos, el populismo surge históricamente ligado a una crisis del discurso ideológico dominante, que es, a su vez, parte de una crisis social más general. Esta crisis puede ser o bien el resultado de una fractura en el bloque de poder, en el que una clase o fracción de clase necesita, para afirmar su hegemonía, apelar al "pueblo" contra la ideología vigente en su conjunto, o bien de una crisis en la capacidad del sistema para neutralizar a los sectores dominados; es decir, una crisis del transformismo. Desde luego, una crisis histórica importante combina los dos ingredientes.³⁹

Como se observa, concluye Mouzelis, se trata en definitiva de un discurso puramente racionalista, como los que el propio autor critica muy acertadamente en la introducción de su libro; de un discurso en el que las propiedades lógicas de los conceptos constituyen el único vínculo que los relaciona entre sí, de manera tal que se puede pasar de uno a otro por un proceso puramente deductivo.⁴⁰

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*, p. 163.

³⁹ Ernesto Laclau, *op. cit.*, p. 205.

⁴⁰ Nicos Mouzelis, *op. cit.*, p. 163.

V

Por último, incluimos algunas de nuestras propias reflexiones sobre las propuestas teóricas de Ernesto Laclau.

El politólogo argentino deriva su conceptualización de las ideologías (y del populismo) de la distinción que establece entre las categorías de *modo de producción* y *formación económico-social*. Sucede, sin embargo, que el tratamiento que el autor otorga a dichas categorías da la impresión de que estuviéramos ante dos *realidades* distintas, cuando —en nuestra opinión— tan sólo nos encontramos ante dos *niveles de análisis* distintos. Esto parece ser un simple juego de palabras, aunque en el fondo no lo es.

Veamos: modo de producción es una categoría analítica que expresa un grado determinado de desarrollo de las fuerzas productivas, así como las relaciones de producción que le son propias. Formación económico-social es una categoría que subsume a la de modo de producción (esto es, que comparte con ésta el ámbito del proceso productivo y el campo de las relaciones de producción), pero que, a la vez, expresa y reproduce las demás esferas de la sociedad (tales como la ideológica, la política, la cultural, etcétera) en una *articulación concreta*. En este sentido, puede decirse que mientras que la noción de modo de producción alude a relaciones *generales*, la de formación económico-social refiere a relaciones *particulares*; es decir, da cuenta de una sociedad en su *especificidad histórica*.

Téngase presente, no obstante, que encaramos dos formas diversas de analizar la realidad y no dos realidades distintas. De ahí que a las instancias de modo de producción y formación económico-social no les correspondan tipos diferentes de contradicciones, sino que según sea la categoría de la que partamos concebiremos esas contradicciones de distinta manera: ora como lucha de clases (al aislar del conjunto de los elementos intervinientes sólo aquellos que se desprenden de la posición de las clases sociales en el proceso productivo), ya como antagonismos entre los sujetos que, además de hallarse determinados por la posición que guardan en el proceso de producción, son fruto de cierta cultura, mantienen relaciones específicas con otras clases sociales, etcétera.

En conclusión, las clases sociales no existen sino en un nivel conceptual, son una abstracción; mientras que los sujetos reales son aquellos a los que Laclau define como “pueblo”; esto es, sujetos que articulan principios diversos. De manera similar, la “ideología de clase” no es sino la abstracción de ideologías concretas, que contienen elementos heterogéneos y no solamente los que se derivan de la relación de las clases sociales con el proceso productivo. En consecuencia, *negar que la lucha de clases ocurra en el nivel de una formación*

económico-social, como lo hace Laclau, es —en nuestra opinión— erróneo. Queda claro que el análisis de la lucha de clases no puede hacerse en este nivel en forma “pura”, como en el caso de la categoría de modo de producción, pero —en cambio— puede hacerse en forma concreta...